

Alfonso Camín

Manuel Campa

Gracias a la atención continuada de Albino Suárez, los asturianos estamos al tanto de las efemérides de Alfonso Camín. Ahora, próximos a cumplirse veinte años de la muerte del poeta de Roces, Albino saca un nuevo número de su “Alto Nalón”, para luchar contra lo que considera un injusto “silencio total donde se olvida la ingente gloria que Camín procura”. ¿Tiene razón en su queja el escritor de Laviana? Seguramente. Hay que tener en cuenta que la relación de Camín con Asturias no es la de cualquier otro de los escritores aquí nacidos, sino que pertenece al nivel especial de los llamados, a veces, poetas nacionales. También de él podemos decir –como los galeses de Dylan Thomas– que “nadie ha llevado de un modo más brillante la máscara de la anarquía para esconder la verdadera faz de la tradición”. Es verdad –como señalan los críticos más solventes– que la ingente obra de Camín es desigual. Pero no es ésta una grave objeción. Baste recordar que Borges, el gran Borges, solía decir que se conformaba con dejar a la posteridad algunas imágenes o versos sueltos bien contruidos. Si hablamos de aciertos parciales, Camín alcanza niveles expresivos únicos. Esto lo vio muy bien Luis María Fernández Canteli –un asturiano de mérito al que debemos un reconocimiento–, cuando tomó la iniciativa de reproducir en el Campo San Francisco los tres últimos versos del soneto “El Retorno a la Tierra”:

...si soy el roble con el viento en guerra,
¿cómo viví con la raíz ausente?
¿Cómo se puede florecer sin tierra?

Podemos disfrutar de los grandes aciertos de Camín, dentro de su inmensa obra poética, tanto en verso como en prosa, teniendo –como dijo un clásico– fauces discretas.

Nacido en 1890, pertenece a la generación que comienza su vigencia histórica en torno a 1917 –según el esquema de Ortega–, como los mayores del 27, y como otros escritores asturianos, como Valentín Andrés, Fernando Vela, Casona, Fernán Coronas y Torner. Pérez de Ayala, diez años mayor, también presenta algún rasgo semejante a esta generación, aunque, para hablar de trayectorias vitales parecidas, las de Camín y Valentín Andrés –un año más joven–; de los dos puede decirse la frase que Ortega dedicó al catedrático de Grado: que se pasaron la vida siempre “dejando de ser algo”, aunque se movieran en ambientes bien dispares.

Camín pertenece a la misma generación que los mayores del 27, Guillén, Salinas, Vallejo, León Felipe, Villalón o Gabriela Mistral. Sin embargo, su musa permanece, en alguna medida, arcaizante, fiel al modernismo, mientras la mayoría de los poetas coetáneos evolucionan hacia otras estéticas. Diagnóstico válido, siempre que se subrayen otras dos dimensiones excepcionales de su obra: su visión poética de Asturias y su aportación indudable a los orígenes de la poesía llamada afrocubana. Camín ve siempre Asturias como plural, y, muchas veces, se refiere a los innumerables paisajes o a las comarcas, diferenciadas culturalmente; pero, cuando se pone serio, es terminante: Poeta, hay dos Asturias: la Asturias que antes era feliz en sus montañas y la que va a los mares llevando una canción. Si nos fijamos, esta división sólo puede hacerla un asturiano con una trayectoria cabal, que incluye la emigración como parte fundamental de su vida, como era habitual en nuestros antepasados desde hace más de un siglo. A la vez, esta clasificación es bien parecida a la que formularon los romanos Plinio y Mela y

el griego Estrabón: hay unas tribus astures al norte de Payares y otras que viven más allá de la cordillera. Ahora, como hace dos mil años.

Para referirnos a la contribución de Camín a la poesía afrocubana, nada mejor que un poema que alcanzó ese grado máximo de aceptación popular, que Lorca cifraba en que la gente lo hace propio y lo convierte en anónimo: Macorina. Algo parecido a lo que aconteció después con la canción Guantanamera, cuyo verdadero autor es el avilesino Julián Orbón, partiendo de los versos de Martí. “Macorina” encabeza una de las ediciones más conocidas de las canciones de Chavela Vargas y une al ritmo tropical lo que Pérez de Ayala llamaba la sensualidad aldeaniega. Los dos primeros versos sólo podían ser escritos por un asturiano:

Ponme la mano aquí, Macorina,
Ponme la mano aquí.

Nicolás Guillén se adivina ya en estos versos:

A mango y a caña nueva
Con que me llenaste al son
Caliente de aquel danzón.

En los poemas de Alfonso Camín late el alma de Asturias. Pero, ¿hay un alma asturiana? Mejor que discutir sobre si hay una identidad de Asturias, sería preguntarse –al modo kantiano- cómo son posibles los centros asturianos. Es decir, ¿por qué los asturianos de América no se dejaron nunca absorber por los centros españoles, a pesar de que se da la paradoja de que el asturiano considera que de aquí surgió España? No se rían: no sólo Camín creía en el alma de Asturias, también Pérez de Ayala participaba de una especie de culto panteísta hacia la asturiana tierra.